

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Preco de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131
GIJÓN

LOS DESEOS HUMANOS

Los dos eran viejos, marido y mujer, y además de viejos pobres, y además de pobres envidiosos, y además de envidiosos murmuradores, hasta el extremo de cortarle sayos y echarle remiendos a la mismísima Providencia.

Por añadidura el viejo tenía mal genio y siempre estaba disputando con su mujer, que jamás estaba conforme con él, si bien le daba la razón a todos sus disparates, con tal de ahorrarse pesadumbres, malos humores y algún que otro sopapo.

Una noche de invierno estaban sentados a la lumbre bajo la chimenea, asando castañas al rescoldo.

—Pero, Señor—decía el viejo—, ¡qué vida tan triste! ¿Por qué Dios no nos había de conceder todo lo que uno creyese necesario para pasarla mejor? Antes de pedir cualquier cosa lo pensaríamos mucho y ya procuraríamos atinarnos bien, pues nadie mejor que nosotros sabe lo que nos hace falta.

—Ya lo creo—dijo la vieja, que por primera vez estaba conforme interiormente con su marido—: ¡qué bien estaríamos! ¡Cuántas cosas pediríamos, todas buenas, para el cuerpo y para el alma! Porque, como dice el señor cura, tenemos alma y cuerpo, y para los dos tenemos de pedir.

Es claro—repuso el marido—; tenemos alma y cuerpo, pero lo primero es el cuerpo.

—Hombre—dijo la vieja—, creo que el alma...

—No seas animal—replicó el viejo.

—Pero—contestó la vieja—.

—Si cojo un sarmiento te rompo la crisma.

A mayores hubieran llegado si en aquel momento no hubiesen visto, con gran asombro, asomar por la chimenea unos zapatos, y luego unos pies que colgaban de unas piernas, y luego unas enaguas negras y un cuerpo, y unos brazos, y una cabeza, y por fin una vieja de raro aspecto, cabalgando en una escoba.

Espantados quedaron nuestros buenos esposos con aquella aparición inesperada, que les dejó con la boca abierta y los ojos desencajados.

No os asustéis—dijo la recién llegada, dejando la escoba en un rincón—; soy una bruja...

—¡Ave María Purísima!—dijeron, santiguándose los dos viejos.

—No os asustéis, repito—continuó la recién bajada—; soy una bruja, pero no soy de las peores. Pasaba por encima de vuestra chimenea y he oído vuestras súplicas. Voy a concederos las tres primeras cosas que deseáis; pero pensadlo mucho, no sea que por vuestros inmoderados deseos quedéis peor que estáis ahora.

—No tenga vuestra brujería cuidado—dijo la vieja..

—¡Calla, charlatana!—dijo el viejo— Señora bruja, vaya descansada; no pediremos sino después de bien pensado; ¡bonito soy yo para pedir cosas malas! Ya verá usted después que pida.

—Bueno—dijo la bruja—; quedad con Dios, y él os dicte las peticiones.

Poco les faltó para bailar de contentos a los dos vejetes.

—¡Ahora sí que vamos a ser felices!—dijo el marido—Mira tú—añadió— no vayas a pedir alguna barbaridad.

—Tú si que eres capaz de pedirla—dijo la vieja—, que lo que es yo...

—Mira, acabemos la fiesta en paz, si no quieres que...

—Bueno—dijo la mujer—; pensémoslo mucho, y dejémonos de disputas. Sentémonos a la lumbre y pensemos con determinimiento en las tres cosas que hemos de pedir.

En esto echaron en el hogar un hacecillo de leña seca, que pronto se hizo brasas.

—¡Qué buen rescoldo!—dijo el viejo.

—Ya lo creo—dijo la vieja—; así tuviéramos una rastra de morcillas para asarlas..

Apenas había pronunciado estas palabras, ¡cataplún! cae por la chimenea una rastra de doce morcillas, gordas, negras y relucientes que esparcieron las brasas hasta los pies de los viejos.

—¡Mala peste te ahogue!—gritó colérico el marido—¡Si no abres la boca mas que para rebuznar! ¡Vaya un deseo! ¡Morcillas, pudiendo pedir el oro y el moro... no sé cómo no te ahogo!

La pobre mujer no sabía cómo excusarse; comprendía que impremeditadamente, a pesar de tantos propósitos de pensar mucho, había hecho una tontería pidiendo las morcillas.

—Calla, hombre, calla; aún nos quedan dos deseos; sosiégate por Dios.

—Sí, sosiégate, lestúpida de dos mil demonios! ¡Morcillas! Así te se peguen en la punta de la nariz para toda tu vida.

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando dan un salto las morcillas y se pega la última de la rastra de la punta de la nariz de la pobre mujer, que apenas pudo quedar derecha con el peso de aquel negro y colgante adminículo.

—¡Bárbaro!—dijo la infeliz al verse adornada con aquella trompa de elefante—. ¡Qué va a ser de mi ahora!

El viejo, que también impremeditadamente había deseado, quedó asustado de su propio deseo.

—Calla, mujer, calla—dijo—; que yo cortaré las morcillas, y no se quedará más que un pezonico en la nariz.

Pero como el deseo fué de que por toda la vida quedaran los embutidos colgados en aquel sitio, no pudo la vieja por mas tirones, ni el viejo por más esfuerzos, separar ni una morcilla.

Y la pobre lloraba a lágrima viva, y también el viejo estaba confuso y apesadumbrado de su imprudente deseo.

—Calla, mujer—decía para consolarla—; lo he dicho sin pensar, como tú dijiste que cayesen. Calla, que aún nos queda un último deseo y pediré que caigan una docena de talegos, y te haré un estuche de oro y diamantes para tapar la rastra de las morcillas; y dos pajes te llevarán siempre eso para que no te pese.

—No quiero, no quiero—gritaba la vieja—ver siempre este espantajo delante de mis ojos. Primero me tiro al pozo que salir a la calle de esta manera, para que vengan detrás de mi todos los gatos del barrio.

—Te haré una funda...

—No quiero funda. Pidamos que se me caiga este pendiente.

—Espera, espera—gritaba el marido—; pensémoslo despacio.

—Sí—decía la vieja—; ¡ojalá lo hubiéramos pensado antes!

—Tú tienes la culpa.

—Tú eres quien la tienes.

Por fin, después de muchas disputas, recriminaciones y denuestos, y cediendo, aunque a su pesar, a las súplicas de la pobre mujer, que estaba sentenciada a oler siempre á cerdo muerto, el marido dijo refunfuñando:

—«Caigan las morcillas.»
Y cayeron en el acto, con gran conten-

tamiento de la pobre vieja, que se vió libre de aquel desconsolador colgante.

—¿Y qué hemos sacado—dijo con cólera el viejo—de los tres deseos?

—Una buena rastra de suculentos embutidos—dijo la bruja, soltando la cargada y cayendo de nuevo por la chimenea montada en su escoba—. Sí—continuó—; una rastra de embutidos, y gracias que os ha quedado eso. ¿Os convencéis ahora de que si Dios concediese a los hombres todos los caprichos y satisficiera todos sus deseos se encontrarían en muchas aperturas? ¿Veis cómo es mejor dejar a la Providencia que nos dé lo que quiera, y dirigir solamente al cielo las siete peticiones del *Padre nuestro*? ¿Quién, sino Dios, que nos ha criado, sabe lo que nos hace falta? ¿Estais arrepentidos de vuestros immoderados deseos? ¿Os quejaréis más de la Providencia?

Todo esto lo oían los viejos, pero nada contestaban.

—Vamos—prosiguió la bruja;—confiad en Dios; no tened tanta soberbia, y comeos las morcillitas, que algo es algo. Vaya, buenas noches.

Y montando en su escoba se volvió por la chimenea.

Miráronse los buenos viejos; asaron el fruto de sus deseos, prometiendo no desear más que lo que Dios quisiera enviarles.

J. MARTINEZ.

LA PUERTA ESTRECHA

—¿Quién eres tú?—preguntó San Pedro al que pretendía entrar en el cielo.

—Soy el médico titular de Vallehondo.

—¡Ah, sí, el "médico de los anillos", como te llamaban tus víctimas!

—Sin embargo, no creo que los anillos sean tacha para...

—Nada de eso, en sí mismos, hermano. Ya ves tú, el Papa y los Obispos usan anillos como signo de autoridad; ahora, usando ese chisme, como tú lo usaste, no como señal de autoridad, ni para glorificar a Dios, ni para curar mejor a los enfermos, sino para darte lustre por necia vanidad, entonces ya no cabe por esta puerta. Prueba y verás.

Efectivamente, el médico intentó franquear la puerta del cielo, pero los anillos se encajaron en la angostura de la entrada, y nuestro hombre tuvo al fin que desistir de su empeño después de forcejear largo rato.

—Pues hijo—murmuró al retirarse,—no son aquí poco exigentes. ¡Una cosa que viste también!...

—¡Otro!—llamó San Pedro sin prestar atención a la murmuración del médico.

Y se presentó una elegante señora luciendo un flamante sombrero del último modelo parisién.

—¡Atrás, señora! "Eso" no cabe por aquí, y se puede estropear.

—Déjeme, que yo le iré empujando poquito a poco para que no se deteriore.

—Al alma, señora, es a la que debió usted haber empujado hacia la gloria, en vez de ocuparla en estas vaciedades.

—Señor mío, me parece que no es cosa mala el vestir sombrero. Ya usted vé, es una prenda de uso general y corriente, y en Francia, en Inglaterra, en...

—¡Vaya! no perdamos tiempo. A las señoras que usan sombrero por costumbre o necesidad, no digo nada; pero a usted, que lo vistió por vanidad, apreciando más el embellecimiento del cuerpo que la santidad del alma; a usted, que despreció la mantilla por parecerle demasiado humilde a su orgullo mundano, a usted sí digo y repito que no puede pasar. ¿Quiere intentarlo?

La equivocada señora trató de penetrar por la estrechísima puerta; mas sus esfuerzos y precauciones no produjeron otro resultado que destrozar la elegante prenda y dejarla a ella confundida y avergonzada.

—¿Lo ve usted? ¡Si es que todo eso que tanto se aprecia por allá abajo no pasa por acá!

Y la corrida señora se alejó, mientras decía por lo bajo:

—¡Vaya con el hombre, qué ufano está! ¡Mire usted que rechazar un sombrero que me costó tantas pesetas!..

—¡Otro!—repitió San Pedro.

Un presuntuoso caballero, de porte irreprochable y olímpica mirada, vistiendo pieles y luciendo dijes, apareció en actitud de traspasar la puerta de la gloria.

—¡Eh un poquito—le dijo el bendito portero atajándole el paso—¿Quién es usted?

—¡Esto es una impertinencia, señor mío! ¿Querrá usted fingir que desconoce el letrado más elocuente de los Tribunales del reino, al fogoso orador que tantos laureles tiene conquistados en las luchas del foro, al terror de los fiscales, al...

—¡Broza, pura broza nada más, amigo! Puede ir a otra parte con la música; aquí no pasa esa moneda.

—Señor portero, mire usted bien lo que hace al privarme violentamente de mis inconcusos derechos; piense usted que se expone a que yo interponga un interdicto de recobrar o un recurso de queja por este inicuo quebrantamiento de ley. ¡Cómo se entiende! ¡Conque impedirme la entrada en el cielo por haber aprovechado tan brillantemente las soberanas facultades que Natura derramó sobre mí!

Hombre no cometas la bobada de gastar saliva en vano, como lo hiciste allá abajo. Mira, si me presentas una prueba, aunque no más sea del tamaño de un guisante, de que usaste esos dones para honrar a Dios y para servirle cristianamente en las personas de tus clientes, entonces te dejo franco el paso.

En vez de contestar, el flamante jurisculto se retiró profiriendo al paso esta "terrible" amenaza:

—¡Ya me vengaré de ti, portero temerario! Te juro que he de recurrir en alzada y que he de arrancar contra ti una sentencia condenatoria, con costas y todo.

—¡Otro!—volvió a llamar San Pedro, sin prestar más atención al charlatán de las pieles.

Y otros ciento y otros mil fueron llamados por turno riguroso, sin que ni uno sólo pudiera traspasar aquella estrechísima puerta. ¡Cuán cierto es que muchos son los llamados y pocos los elegidos!

El comerciante que daba limosnas con una mano mientras defraudaba con otra a los parroquianos; el sastre que probaba el paño con mucho acompañamiento de golpes de pecho; el hipócrita piadoso que se enriqueció prestando dinero al cuatro por ciento nada más... mensual; el administrador que se enriqueció a costa de su principal; el despótico militar que maltrató de obra a los soldados... y el sacerdote que no ejerció bien su elevado ministerio, y el juez venal, y el magistrado inepto, y el magnate envanecido, y el rico inhumano, y el pobre soberbio, y la mujer mundana, y la esposa infiel, y el mal padre, y el hijo rebelde... ninguno en fin, de los que violaron la ley de Dios, pudo franquear la puerta celestial.

Y los transgresores rechazados, que constituían ya legión en las cercanías del cielo, vieron dirigirse hacia la estrecha puerta a un pobre hombre de cara sospechosa y traje nada recomendable.

—¡Eh, mocito!—le gritó uno.—¿A dónde vas? ¿Quién eres?

—Venía—contestó el interpelado—con la esperanza de entrar en el cielo. En cuanto a mi nombre, ¡ah, señores! vergüenza me da el decirlo. Yo soy—añadió bajando la cabeza—el famoso bandido Andrés el Temerario.

—¡Uf! ¿Y quieres entrar ahí? Pues te vas a lucir. ¡Conque nosotros somos mejores que tú, y nos acaban de dar con la puerta en las narices!

—Pues, sin embargo, yo iré y pediré gracia a mi Señor,

Y se alejó de la chusma, quedando aquellos miserables riendo la "gracia" de que un bandido esperase alcanzar la gracia de su Señor.

—¡Ja, ja! ¡Señor de los bandidos! Tiene gracia el hombre—profirió uno de los despechados.

—¡Pasa, Andrés!—exclamó San Pedro apenas llegó el bandido a la sagrada puerta.

—Gracias, señor; pero debo decirles que fui un hombre muy malo, un gran criminal, el terrible bandido Andrés el Temerario.

—Pero el arrepentimiento borró tus pecados, la penitencia te purificó, y en tu rostro centellea el fuego de la fe. ¡Pasa, pues, bendito del Padre, a gozar la gloria del Señor.

Y San Pedro abrió de par en par las puertas de la mansión celeste.

Aún el infeliz arrepentido se detuvo un instante para hacer esta humilde observación:

—¿Pero será posible, señor, que pueda entrar en el cielo un malvado tan grande, mientras son excluidos esos otros, que después de todo, algunas obras buenas practicaron en su vida?

—No es ya malvado el que se arrepintió de sus culpas y se redimió por la penitencia; más bien lo son esos que, ensoberbecidos por haber realizado alguna acción honesta, llegan a estas alturas con el corazón rebelde y manchada el alma. Por las puertas del cielo sólo caben la inocencia y el arrepentimiento; la hipocresía, la vanidad, la soberbia, el vicio en cualquiera de sus formas, esas cosas no pueden pasar—dijo el santo portero.

Y penetró en la gloria llevando de la mano al pecador arrepentido.

FLORENCIO ZANON

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Jesús de Nazaret, pasó por el mundo y enseñó su doctrina. A ella habían de sujetarse los mortales para vivir de acuerdo con la misión que Dios les había señalado en este mundo.

Sus normas de vida, rectificaban las primeras leyes dictadas por Dios al hombre desde el comienzo de la creación. Una nueva vida comenzaba. El hombre en sus deberes para con Dios tenía un camino trazado por El mismo y a él tiene que adaptar su vida. Para ello, en el corazón del hombre quedaron gravados aquellos principios que la conciencia humana ha sentido como inmovibles.

Estos principios, que nos hacen diferenciar el bien del mal, son un reconocimiento de nuestro ser material hacia la existencia de un Dios, nuestro creador y fin de todas las cosas.

Con esta certidumbre, nuestros actos han de adaptarse a los preceptos ordenados por Dios durante los años de su vida entre los hombres.

Es universal el reconocimiento de la existencia de un Dios, principio y fin de todas las cosas. Los países más diversos y los hombres de todos los tiempos así lo han reconocido. Puede haber error en la representación de ese Dios, y en los medios para su adoración, pero aun los seres más degradados de la sociedad reconocen ese principio.

La religión, es el conjunto de deberes que tenemos para con Dios, de ahí que forzosamente hemos de demostrarle nuestro reconocimiento por medio de actos externos previamente establecidos por la doctrina cristiana.

La negación del credo religioso trae como consecuencia dos males: la degradación del individuo, asemejándole a los brutos y la desesperación y amargura ante los problemas de la vida.

En el primer aspecto, la diferencia con los seres irracionales es escasa, pues la inteligencia y el lenguaje, no son suficientes para establecer una gran barrera entre unos seres y otros, porque el instinto suplente en los animales la inteligencia humana, pues las necesidades de éstos son menores que en el hombre y con el instinto se defiende perfectamente de las contrariedades de su vida. Y en cuanto a la desesperación, es fácil comprenderlo. La negación de una vida más allá de la muerte, de la existencia de un Dios y de todos los principios de nuestra santa religión, hacen que nuestros dolores y contrariedades sean mayores, nuestras penurias menos llevaderas, los trabajos más insoportables y la envidia y el odio, anidarán constantemente en nuestros corazones produciendo un eterno malestar que amargará nuestra vida en todo momento.

Contemplad el hogar cristiano en donde la muerte ha llevado a un ser querido, y a través de las lágrimas hallaréis la santa conformidad con los designios de Dios. El ha visitado la casa y ha querido probar

su fé y premiar, tal vez, toda una vida llevándola a gozar en su compañía.

Pero tratad de consolar a un padre sin fé de la pérdida del hijo que alegrando sus días, interrumpió sus juegos infantiles para volar a la región de los ángeles. En vano conseguiréis mitigar su pena y la desesperación llevará a sus labios la queja constante y la rabia incontinida.

He ahí el gran consuelo de Dios a las almas que creen en El.

La vida del creyente es una continua oración a Dios. Los años pasan pero su fé va en aumento. Espera confiado el premio con la esperanza en la misericordia y justicia de Dios. Sus trabajos son más llevaderos, las contrariedades más sufridas, y el amor a la familia que postrada en oración bendice al Todopoderoso, hace llover sobre ellos un manantial de bendiciones que se traducen en bienestar y conformidad con la Santa Voluntad del Altísimo.

No cabe ante este problema la indiferencia, pues nos conduce a la pérdida de la fé. Es preciso la preocupación constante por aclarar las dudas religiosas, si éstas existen, averiguar la verdad de éstas verdades fundamentales y no echarlas a la despreocupación porque la vida, de momento, sea cómoda y llena de agradables bienestares. Los buenos tiempos no duran siempre, pues las enfermedades, las desgracias, las contrariedades llegan tarde o temprano a todos los hogares y pudiera ser que entonces nuestra despreocupación haya cegado las fuentes de la fé y nuestros labios no sepan ya rezar una oración para implorar la ayuda de lo Alto.

Hagamos todo lo posible por vivir dentro de la fé y de la religión cristiana, que ello nos ayudará grandemente en este valle de padecimientos y de miserias.

Nuestra fé hará el milagro de hacernos exclamar con el poeta gaditano: "bendita sea Señor, la mano con que me hieres".

R.

EL CLAVEL REVENTON

*Un monte se alza; en su cumbre
hay un hoyo que recibe
una semilla que vive
al calor de extraña lumbre.*

*Y de ese fuego a la acción
estremecida la tierra,
de la semilla que encierra
nace un clavel reventón.*

*Brilla del sol a la luz
y al resplandor de la luna,
porque ha tenido su cuna
a la sombra de una cruz.*

*Destaca en el plenilunio
con luces de sangre y fuego
en los plenos de sosiego
atardeceres de junio.*

*Y en su esplendor imprevisto,
es como un gran corazón,
y es que el clavel reventón
brotó del pecho de Cristo.*

Hermenegildo RODRIGUEZ

DERECHOS Y DEBERES

El mundo anda revuelto tratando de conseguir un bienestar cuyo horizonte no vislumbra. Fórmulas diversas se ensayan políticamente. Los pueblos, masa anónima, da soluciones acertadísimas a todos los problemas con la inconsciencia de la irresponsabilidad y lo mismo, pueblo que gobernantes, van fracasando repetidamente con gran perjuicio para sus países que se debaten en la miseria y el hambre.

Unos y otros hablan de derechos. Todos se creen con derecho a muchas cosas; pero ninguno quiere aceptar en estos momentos transcendentales del mundo las obligaciones que las circunstancias exigen. Si alguna aceptan, es la de sacrificarse para gobernar los pueblos, muchas veces no con muy buenas intenciones, casi siempre éstos cargos más o menos elevados son exigidos por partidos o personas que se creen con "derecho" a ellos. ¿Por qué? ¿Es que acaso su patriotismo es tan grande que quieren las preocupaciones y trabajos que ocasiona el mando, para sacrificarse en beneficio de los demás? Mucho nos tememos que no debe de ser con tan nobles propósitos.

Si como hay exigencia de derechos en todos, hubiera exigencia en el cumplimiento de deberes y sacrificios, es posible que se hubieran ya resuelto muchos problemas que las distintas naciones ven planteados.

Sacrificios sí, pero de verdad. Sin que éstos encubran torcidas maquinaciones ni pretendan con ello servir a un grupo, una facción o un partido, que la patria necesita de los sacrificios honrados de todos sus hijos.

X.

Comentando

CORONAS

Ya veo relucir en los ojos de muchos lectores dilectos, una chispita guasona originada lógicamente al pensar que yo de este tema tengo que entender mucho. Naturalmente, piensas que yo, que me paso toda la vida envuelto en el ambiente filosófico de mis coronas, de éstas voy a hablar y no de otras. Quien me conozca y sepa cuáles son mis actividades, esto pensará; mas los que me conozcan aún mejor, se darán perfecta cuenta de que de mis asuntos particulares no me gusta hablar al público, ni en plan de propaganda ni en plan de farolero. Por eso digo que quienes tales cosas pensaron de mí, se equivocaron de medio a medio. No voy a hablar de estas coronas de ambiente filosófico, a las que coloco en cuarto lugar. Hay otras coronas más importantes que van a ser las que hoy den tema a mi comentario.

Hay una corona que en su grandeza se hizo digna de todo un Dios. Para conquistarla, fué preciso que Dios bajase a la tierra a ceñirla, y para merecerla, tuvo que morir en cruz. Es tal su excelstitud, que todas las palabras serían pequeñas y raquílicas para exaltarla. Es la corona de espinas. La más superior a todas. Dios nos da el ejemplo: El que todas las virtudes y todos los merecimientos posee, se conforma con la corona del dolor y del menoscabo.

Los hombres que nada tenemos y nada merecemos, aspiramos a coronas de oro y pedrería. Esa es la diferencia entre Dios y el hombre.

Hay otra corona, tejida de palmas de oro y de gotas de sangre. Esta corona es propia de hombres, pero de hombres privilegiados. Pocos son, en verdad, los que tienen ánimos para ascender al grado del heroísmo en que esta corona se gana. Es la corona del Martirio. Los superhombres desprecian las demás coronas mundanas y ganan esta. Esta es una corona que el mismo Dios les coloca en su ensangrentada cabeza, y se gana con renunciaciones y con humillaciones, con sacrificios y con extraordinarias virtudes, y con un triunfo soberano sobre la muerte. Es una corona para escasos hombres, y los que tienen sangre para ganarla, se la ofrecen a Dios y renuncian a la corona de gloria del mundo.

Hay otras coronas de perlas y de oro; de preciosas piedras y ricos metales. Por éstas se pelean muchos. Se arman guerras cruentas para conquistarlas a costa de la

sangre de los demás, y a todas las cabezas les viene bien. Todos nos creemos con más o menos derechos a una, y todos esperamos lograrla o para nosotros o para nuestros ídolos. Corona de poderes mundanales, la ambición es su camino, y no el premio de merecimientos ciudadanos.

Yo apunto una idea: Una corona, no debe de entregarse a quien la pida. Debe de darse, como se dan las otras, al que la merezca y la pueda lucir con dignidad. Y al que con la máxima dignidad la haya conquistado, de ese es y no de los otros.

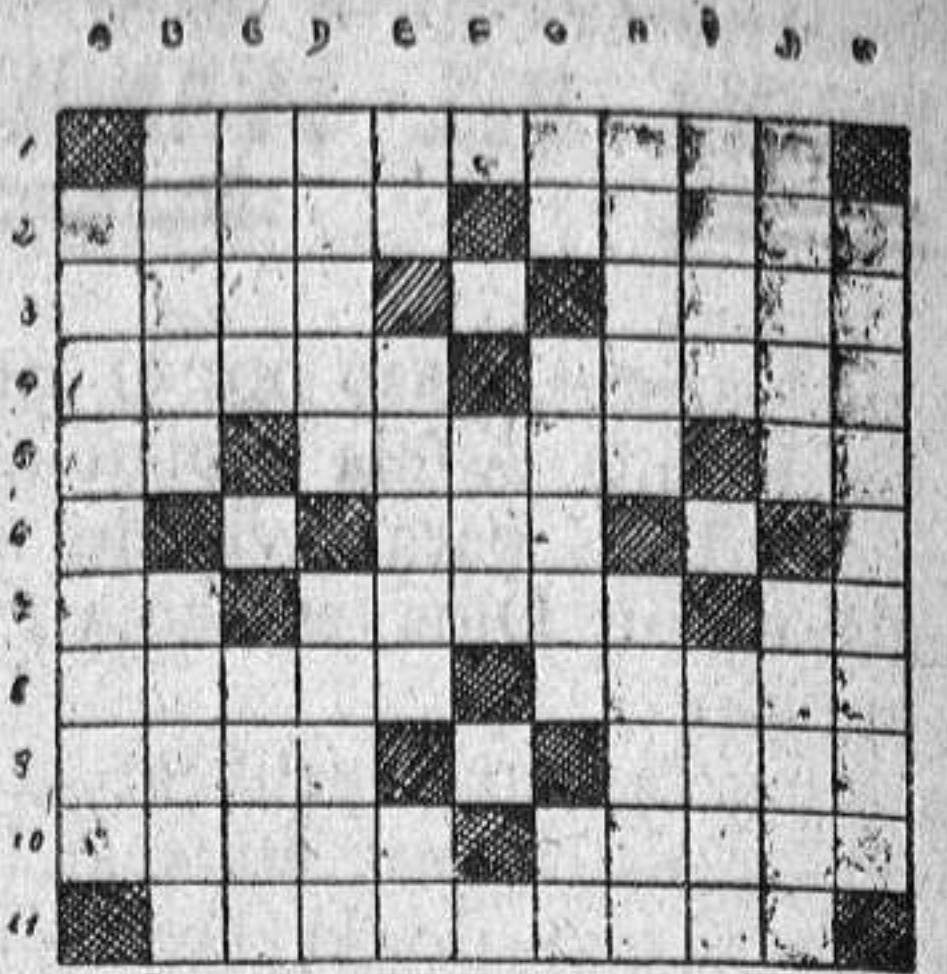
Los demás, que se queden esperando el día en que han de llevar una de las que a mí me rodean a diario en un ambiente de melancólica filosofía.

HERO

Solución al Jeroglífico núm. 35, por Morán:

«Haces un cálculo»

Crucigrama núm. 36, por Morán:



HORIZONTALES.—1. Disturbios.—2. Reflexiona. Hacer eco.—3. Población famosa inglesa. Observe.—4. Adulador. Al revés, ortiga.—5. Consonantes. Artículo de bajo precio. Al revés; prefijo.—6. Consonante. Descubrió. Consonante.—7. Prefijo negativo. Está contento. Al revés, interjección.—8. Máquina de elevar agua. Villa mala-gueña.—9. Máquina giratoria de suspender pesos. Engañé.—10. Novia. Aborrezcas.—11. Vive retrado dedicado a oración y penitencia.

VERTICALES.—A. Banco de piedras en el agua.—B. Caminos. Forma de ser.—C. Al revés, se nutre. Capital normanda.—D. Rey mitológico de Creta. Crecida de agua.—E. Vocales. Río de Oviedo. Al revés, nombre de letra.—F. Consonante. Revuelta. Vocal.—G. Vocal, plural. Agrega. Al revés y repetido, bebé.—H. Aparato de medir dimensiones pequeñas. Esquiva.—I. Al revés, noveno. Al revés, disparo.—J. El diablo. Ave zancuda.—K. Discutis un precio.

JRS Ornamentación Religiosa Artística
Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen) **VALENCIA**

Arbués

Materiales de
Saneamiento
y
Construcción

Cuartos de baño,
cocinas, etc.

Alvarez
Garaya, 25
Teléf. 1230
—
GIJON



César A. Prieto
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollón, 2 - Tel. 3115
GIJON

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUN. RIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

roveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La **CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)